

Colección EDUCACIÓN COMUNITARIA

LEER EN COMUNIDAD



 **la educación**
nuestra bandera

Subsecretaría de
Educación Social y Cultural

Secretaría
de Educación



Ministerio de Educación
Argentina

Presidente

Dr. Alberto Fernández

Vicepresidenta

Dra. Cristina Fernández de Kirchner

Jefe de Gabinete de Ministros

Dr. Juan Manzur

Ministro de Educación

Lic. Jaime Perczyk

Secretaria de Educación

Dra. Silvina Gvirtz

Unidad Gabinete de Asesores

Prof. Daniel Pico

Subsecretario de Educación Social y Cultural

Lic. Alejandro Garay

Ministerio de Educación de la Nación

Leer en comunidad / 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ministerio de Educación de la Nación, 2022.

Libro digital, PDF - (Educación comunitaria / 7)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-00-1637-7

1. Fomento de la Lectura. I. Título.

CDD 379.24



Se permite la reproducción total y/o parcial con mención de la fuente.
Esta licencia abarca a toda la obra excepto en los casos que se indique otro tipo de licencia.

Material de distribución gratuita, prohibida su venta.

2022, Ministerio de Educación de la Nación
Pizzurno 935, CABA
República Argentina

Queridas educadoras y educadores comunitarios:

Para nuestro Gobierno nacional y para este Ministerio de Educación, la atención a las experiencias educativas comunitarias y al trabajo que realizan desde hace mucho tiempo –sumado al que han llevado adelante durante la pandemia, sosteniendo y acompañando las trayectorias escolares de nuestros estudiantes– es una prioridad política.

El trabajo realizado y luego convertido en experiencia es fundamental para revertir desigualdades y reparar injusticias. La labor comunitaria teje las redes necesarias para que las niñas, los niños, las y los jóvenes y las personas en general puedan recuperar la confianza en ellas y ellos mismos, en las otras y los otros, y elevar así su autoestima mediante la participación. La educación comunitaria contribuye a la construcción de una sociedad más justa donde poder desarrollarse plenamente.

Elaborada por trabajadoras y trabajadores del Estado argentino, educadoras y educadores y especialistas, la colección “Educación comunitaria” se inscribe como una de las medidas que se suma a las políticas que tienen por objetivo la reconstrucción de la educación argentina.

Este quinto cuaderno ha sido pensado para profundizar en la relevancia de la lectura en espacios comunitarios y para conocer las prácticas que se implementaron en diferentes lugares y se sostienen a lo largo del tiempo. Es indispensable crear y nutrir con libros y propuestas innovadoras los espacios comunitarios que contribuyen a sostener las trayectorias escolares de nuestras y nuestros estudiantes.

Jaime Perczyk

Ministro de Educación de la Nación

Colección EDUCACIÓN COMUNITARIA DEL MINISTERIO DE EDUCACIÓN DE LA NACIÓN

Esta colección es el resultado de muchos meses de trabajo junto a experiencias educativas comunitarias de todo el país que, en el marco del Programa de Fortalecimiento a las Experiencias Educativas Comunitarias, Cooperativas y de Gestión Social, han participado de talleres, encuentros y producciones en la Dirección de Experiencias de Educación Cooperativa y Comunitaria.

El objetivo de esta colección es generar un material de reflexión sobre la educación comunitaria desde su marco político-pedagógico que, al mismo tiempo, brinde herramientas para el trabajo territorial, propiciando un entramado de redes de acompañamiento y la formación permanente de las y los integrantes de las experiencias, con mirada pedagógica y con la fuerte necesidad de crear articulaciones con la escuela.

Es un material que hemos elaborado en equipos conformados por educadoras y educadores comunitarios, y especialistas de diferentes áreas y disciplinas, y que esperamos sea un aporte en la construcción de herramientas para quienes, en el territorio, acompañan y garantizan trayectorias educativas de niñas, niños y jóvenes.

En cada cuaderno encontrarán un material especialmente diseñado para ustedes: cada palabra, cada ilustración, cada actividad fueron pensadas, discutidas y vueltas a elaborar a la luz de ser compartidas con experiencias de educación comunitaria. Sus voces son una parte central de la colección; esta retoma muchas de las demandas que los casi 4.000 educadoras y educadores que hicieron los talleres desde La Quiaca hasta Ushuaia, y desde el mar hasta la cordillera, nos hicieron llegar: alfabetización inicial, educación sexual integral, educación ambiental, ciencias, arte, lecturas y ciencias de la computación, pensados en su totalidad. No es un material de recetas mágicas, sino una propuesta pedagógica que nos invita a promover y acompañar el aprendizaje en un mundo que no es el aula de la escuela pero que, a la luz de las diferentes complejidades que trajo la pandemia, sabe de su rol para acompañar y promover la continuidad pedagógica de las chicas y los chicos, adolescentes, jóvenes y personas adultas.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	9
DE QUÉ ESTÁ HECHA UNA COMUNIDAD: SÍMBOLOS, HISTORIA, DESEO	13
DEL OTRO LADO DEL ÁRBOL	15
CAMINOS LECTORES Y TEXTOTECAS	17
CONVERSAR, LEER, ESCRIBIR	19
¿QUÉ LIBROS, QUÉ TEXTOS?	21
ARMAR EJE, ARMAR HILO	22
LEER EL TERRITORIO	24
LEER HASTA LAS PIEDRAS	26
ESCENARIOS, OBJETOS Y SOPORTES	28
MEDIADORAS Y MEDIADORES	30
CENTROS DE LECTURA	32
PAREDES QUE HABLAN	36
PARA EL LADO DE LOS TOMATES	39
LEER NO PUEDE SER UN LUJO	41
LO POÉTICO Y LO POLÍTICO	43
BIBLIOGRAFÍA	46

EDUCACIÓN Y COMUNIDAD

El siglo XXI en su devenir nos muestra un cambio de época que se revela a medida que acontecen hechos, situaciones, que emergen acompañando –en ocasiones– el despertar de lo humano en convivencia con los avances tecnológicos, nuevos significantes culturales e incluso con el rugido de la naturaleza. Es ahí donde la convivencia social va tomando relevancia, otras formas de vincularse y generar aquel sentido que nos hace comunidad.

Si de paradigmas se trata, podemos afirmar que estamos en pleno proceso de reconstrucción. La pandemia instalada en todo el planeta, en alguna medida, propone y plantea interrogantes alrededor de los cuales nos encontramos frente a frente las diversas generaciones que convivimos en este despertar a un nuevo siglo.

En este proceso, la educación entra como protagonista en movimiento, aprendiendo la letra que le toca por estos tiempos.

Otra protagonista es la comunidad, aquella donde personas de diferentes edades, diversas culturas, historias personales construyen vínculos que hacen a su organicidad.

La educación, como acto de mostrar el mundo a quienes vienen llegando, ha estado históricamente ligada a la escuela, pero también –de manera menos visible a veces, y más visible otras– a experiencias comunitarias que, en distintos lugares y territorios, desarrollan propuestas educativas para las infancias, juventudes, personas adultas de nuestro país: bibliotecas populares, bachilleratos, centros educativos y recreativos, espacios para las infancias, jardines comunitarios, escuelas de gestión social, escuelas de arte, colectivos de educadoras y educadores, centros de formación en oficios, universidades populares, centros culturales y otras experiencias que acompañan, fortalecen y garantizan las trayectorias educativas de miles de personas.

Con una fuerte tradición de educación popular, las experiencias educativas comunitarias amplían los universos sociales y culturales de quienes las habitan y aportan una mirada distinta al quehacer pedagógico, ligado a un fuerte arraigo territorial, un profundo conocimiento de las problemáticas urgentes y estructurales junto con prácticas que proponen nuevas formas de enseñar y aprender.

La educación comunitaria también es un proceso de construcción de identidad de educadoras y educadores y de educandas y educandos que aprenden, con otras y otros, en comunidad, a leer el mundo, a interpretar la realidad, a incomodarse con las injusticias, a empujar transformaciones y a hacer, de cada acto educativo, un acto de amor. Decía Paulo Freire que “la esperanza es una necesidad ontológica”, y en esa esperanza radica ese ímpetu por no acostumbrarse a lo establecido, que se hace palpable en cada experiencia educativa del territorio en distintos rincones de la Argentina.

Para pensar juntas y juntos acerca de la comunidad, tomamos la propuesta de Tönnies, quien analiza, estudia y propone abordarla como “maneras de relaciones sociales típicas”, aquellas que están definidas por modos de ser, de juntarse, acercarse y convivir; como un organismo vivo que se alimenta, respira, crece, padece y celebra. De esta manera, la co-

munidad a la que nos referimos es la que permanece y se nutre de las relaciones que se generan, la que presenta proximidad territorial, creencias y tradiciones, vínculos establecidos por la misma comunidad, otros formatos de familia, de crianza.

Estos vínculos influyen en la manera de mirar la realidad. Aquella vecina que vio crecer a una niña o un niño, que contempló presencias y/o ausencias en la cotidianidad, mirará su adolescencia desde una valoración que no aprendió en los libros, sino que experimentó en su vida y transforma su realidad actual; tal vez, acompañando con gestos, acciones o silencios las adolescencias a veces despistadas que ocupan las esquinas de sus barrios.

Las comunidades se organizan en torno a resolver sus problemas. Esta organización comunitaria apuntala el tejido social y construye alternativas de trabajo, vivienda, alimentación y también educación. Ese vivir en comunidad, como conformación de un grupo social de pertenencia, construye identidad colectiva, con nuevos sueños y esperanzas.

“Lo que no se hace sentir no se entiende, lo que no se entiende no interesa”.

Simón Rodríguez

Las chicas y los chicos que van a la escuela se juntan en la plaza a hacer trap, o van a la canchita, al club o al comedor. En todos esos espacios intercambian y construyen saberes, que no están por fuera de la escuela como institución sino que son parte y se reproducen también en los espacios comunitarios.

Para escuchar y poner en juego las voces del territorio y sumarlas a las voces que se generan en la escuela, partimos de la propuesta pedagógica de Paulo Freire de aprender desde la pregunta. Apuntamos a fortalecer la educación comunitaria porque entendemos que en esos vínculos cotidianos y de confianza surgen las preguntas para acompañar los procesos de aprendizaje.

La comunidad, con su historia y su heterogeneidad, busca construir tejidos, relaciones y vínculos que recogen la experiencia de quienes la precedieron, pero también organiza otros nuevos, que apuntan a poner en cuestionamiento prácticas no democráticas para construir una pedagogía que ponga en común los sueños, las ideas y los deseos.

En este sentido, la educación comunitaria aporta en la construcción de una pedagogía que tiene como base ideas democratizadoras de la cultura, de los saberes y de los aprendizajes, porque considera que todas y todos podemos brindar nuestros saberes y, en ese encuentro, construir uno nuevo que nos contenga.

No es posible pensar la educación popular ajena a las prácticas pedagógicas que se inscriben en un horizonte emancipador e igualitario. Tanto en sus aspectos pedagógicos como epistémicos, involucra a sujetos concretos, históricamente determinados, inscriptos en un territorio del que forman parte. Es también una estrategia pedagógica para la transformación social, entendiendo que se trata de un proceso de construcción cultural, donde los saberes no se dan por repetición sino en el diálogo entre las educadoras y los educadores, las educandas y los educandos.

“Decir una palabra verdadera es transformar el mundo”.

Paulo Freire

El hacer es concebido como base del conocimiento. Entendemos a las educadoras y los educadores, las cuidadoras y los cuidadores como las personas que habilitan y acompañan esos espacios para que se generen propuestas de escucha, diálogo y acción.

Aprendemos juntas y juntos, cada una y cada uno aportando su historia y saber.

Los espacios físicos donde se genera este intercambio también suman su historia en el territorio; nos pensamos en relación con el espacio en el que estamos insertos. ¿Quiénes somos las y los que habitamos estos espacios? ¿Cuál es nuestra historia? ¿Cuáles son nuestras preguntas? La construcción de cada colectivo es parte de la propuesta pedagógica, marca el camino y sus huellas.

Este entretendido de saberes se realiza, como ya dijimos, con la escuela. Cada territorio verá la estrategia para vincularse, actividades conjuntas en espacios en común, reuniones, etc. El objetivo es que, en el mapa de la trayectoria educativa de las chicas y los chicos, todas y todos se piensen en diálogo, lo que permite intercambiar saberes y construir nuevos, resignificarlos y ponerlos en común.

Presentación del quinto cuaderno

En este quinto cuaderno de la colección les proponemos, de una manera poética, un recorrido por la importancia de la lectura, la construcción de sentidos y lectores en comunidad, diferentes experiencias que fueron implementadas con éxito y perduran, caminos lectores y textotecas, la relevancia y el trabajo de las mediadoras y los mediadores. Esta propuesta nos invita a reflexionar sobre la lectura y el trabajo cotidiano que se lleva a cabo en los espacios comunitarios.

BIBLIOGRAFÍA

Freire, Paulo (2015 [1967]), *Educación como práctica de la libertad*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Freire, Paulo (2015 [1970]), *Pedagogía del oprimido*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Freire, Paulo (2010 [1992]), *Pedagogía de la Esperanza. Un reencuentro con la Pedagogía del Oprimido*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Tönnies, F. (1947), *Comunidad y sociedad*, Buenos Aires, Losada. Disponible en: https://www.researchgate.net/publication/277263837_Los_conceptos_de_'comunidad'_y_'sociedad'_de_Ferdinand_Tonnies

Torres Carrillo, A. (2002), "Vínculos comunitarios y reconstrucción social", *Revista Colombiana de Educación* (43). Disponible en: <https://doi.org/10.17227/01203916.5457>

DE QUÉ ESTÁ HECHA UNA COMUNIDAD: SÍMBOLOS, HISTORIA, DESEO

¿Por qué leer en espacios comunitarios? ¿Qué sentidos tienen las lecturas, los libros, las narraciones, la escritura de poemas o la invención en lugares donde se da de comer, se generan alternativas de trabajo, se atienden problemas de salud? ¿Qué razones tenemos para dar espacio a las historias, a la imaginación, a las metáforas?

La apuesta de este cuaderno es que hacerlo es imprescindible y vamos a contar algunas de las razones por las que lo sostenemos. Pero antes de eso queremos invitar a quien lee a hacerse la pregunta hacia adentro: ¿qué lugar tienen las historias en la propia vida? ¿En las relaciones con los demás? ¿De qué está hecho nuestro imaginario? ¿Tiene algún vínculo con nuestros deseos, con lo que anhelamos, con lo que soñamos?

Olvidemos los libros por un rato y pensemos en todo aquello que las historias y los poemas nutren. Las formas en que una persona se cuenta el mundo, se lo representa. Los modos en que un grupo de personas narra su propio pasado, proyecta su futuro y habita el presente. ¿No es esto también construir comunidad?

Dice Rita Segato (2016):

“Una comunidad, para serlo, necesita de dos condiciones: densidad simbólica (...) y una autopercepción por parte de sus miembros de que vienen de una historia común, no desprovista de conflictos internos sino al contrario, y que se dirigen a un futuro en común. Es decir, una comunidad es tal porque comparte una historia”.

Para que exista una comunidad, debe haber símbolos compartidos, un relato que pueda contar de dónde viene y un proyecto de existencia en conjunto hacia delante. Pero tener un relato para contar no quiere decir tener una única manera de contar. Al contrario, sentir que venimos de una historia en común que incluye a todas y todos requiere que lo que se narra tenga la capacidad de contener contradicciones, versiones diversas y diferentes puntos de vista.

¿Cómo llegamos hasta acá, cómo llegamos a ser quienes somos? En la respuesta a esta pregunta entran las formas en que cada familia llegó al barrio, con qué deseos, con los lugares comunes que se fueron construyendo, dejando de lado y reinventando. Los personajes que habitaron las calles y las casas. Con espacio para las distintas opiniones y valoraciones sobre esos procesos. Con espacio para las distintas voces, las que se escuchan más rápido y también las que tardan en salir. Sobre todo, con espacios para hacerse la pregunta una y otra vez: ¿cómo llegamos hasta acá, cómo llegamos a ser quienes

somos? Tal vez la lectura sea eso, el espacio para hacerse una pregunta. Para volver a construir sentido, una y otra vez, retomar el hilo y tejer algo nuevo a partir de lo que hay.

¿Hacia dónde queremos ir, quiénes queremos ser? A la pregunta por la historia, el interrogante por el futuro se entrama en espejo, formando un círculo. Los deseos, los proyectos, la decisión de un grupo social de seguir diciendo nosotras y nosotros también hacen comunidad. La posibilidad de inscribir el deseo propio en la trama colectiva: ni creerse un individuo que por su propio afán emprendedor es capaz de hacer su rumbo a solas, ni sentir que hay que hacer lo mismo que hacen todas y todos porque se pertenece a cierto grupo y no se puede salir del camino predeterminado, de lo que se debe hacer. Donde los símbolos compartidos no sean cosas sagradas e inflexibles, sino los elementos que hacen a la singularidad de un grupo de personas.

La densidad simbólica es, por ejemplo, la riqueza de una comunidad en la que, además de hablar castellano, se habla quichua, guaraní o cualquier otra lengua, en la que el mundo tiene distintas palabras y sonoridades para ser nombrado. O las formas que se tienen de festejar un cumpleaños, recibir un nacimiento, despedir una muerte. Y los modos en que han ido cambiando a lo largo del tiempo. Las historias que cuentan quienes vinieron de otro lado y traen en sus palabras otros paisajes, otras costumbres, otras formas de hacer cosas que quedan impregnadas también en la vida cotidiana del barrio.

Los deseos, los proyectos, los imaginarios, las historias, ¿no están hechos de palabras? ¿Y no es la lectura, en tanto construcción de sentido y escucha abierta a la palabra de las otras y los otros, la que puede habilitar un espacio para trabajar con ellos?

Los cuentos, las películas, las series, las historietas, las fotografías, el teatro, todos los lenguajes artísticos y las ficciones tienen muchas veces la capacidad de proyectar otros presentes posibles. Otros futuros factibles, presentes posibles, historias y memorias compartidas; nuevas construcciones del deseo y de las formas de estar juntas y juntos. Estas capacidades se tienen si se las habilita con un espacio de lectura: tiempo para conversar, para hacer silencio, para construir sentido a partir de sus elementos, de los símbolos que las pueblan, de las formas de contar con las que están elaborados.

Una comunidad se construye también desde sus deseos e imaginarios. Y la lectura es, en sus diversas formas, una práctica capaz de nutrirlos, renovarlos y ampliarlos. En palabras de José Martí:

“La poesía es más necesaria a los pueblos que la industria misma, pues esta les proporciona el modo de subsistir, mientras que aquella les da el deseo y la fuerza de la vida”.

DEL OTRO LADO DEL ÁRBOL

Cuentan que en la ciudad de La Plata, provincia de Buenos Aires, hay una biblioteca del otro lado del árbol. Está en uno de los parques más hermosos de allí.

La biblioteca toma su nombre de un cuento de Mandana Sadat (1997), un libro que casi no tiene palabras más allá de su título. Entre esas pocas: "había una vez", que contra lo que se podría esperar, no están al comienzo. Prácticamente solo con imágenes cuenta la historia de una niña que empieza temiendo a una anciana que se encuentra al otro lado de un tronco. Pero la anciana cuenta un cuento y el miedo se desvanece.

La plaza está junto al Hospital Pediátrico de La Plata y muy cerca de la Clínica del Niño. Hace muchos años, una nena debió internarse allí durante meses por una enfermedad. La biblioteca aún no existía, pero a la niña y a su madre les gustaba ir a la plaza para leer, dibujar, jugar y escuchar cuentos. Entre ellos, "Del otro lado del árbol", uno de sus favoritos.

Cuando tuvieron que internarse, en esas largas horas, comenzaron a soñar con una biblioteca destinada a quienes atraviesan situaciones difíciles como la que vivían ellas, acompañándolas y acompañándolos con libros, hojas y crayones para dibujar, y así escaparse a través de los cuentos a lugares fantásticos. Desde la biblioteca relatan:

"Pese a la enorme fortaleza y a su incansable lucha, Pilar voló hacia el sol y la luna el 12 de enero de 2011".

En medio del dolor, Paula, su mamá, junto a familiares, amigas y amigos, empezaron a trabajar para darle forma al sueño de Pilar. Se gestionó un galpón en el Parque Saavedra, se invitó a la comunidad a colaborar de muchas maneras, se sumaron cientos de manos y miles de donaciones hasta conformar y consolidar el espacio que hoy todos podemos disfrutar.

Con el correr de los días, ese pequeño sueño se transformó en un inmenso proyecto: se consolidó una biblioteca popular abierta de lunes a sábados, se interactuó con distintos centros de salud, se empezaron a recibir visitas de escuelas y jardines y se estableció un espacio artístico-cultural".

Una comunidad puede fundarse también en los lazos que unen a quienes se encuentran atravesando un acontecimiento inesperado y malvenido, y solo por un tiempo. A quienes les ha tocado vivir una circunstancia desafortunada. Podrían estar solas y solos, transitar el miedo sin más compañía que su sombra. Una biblioteca puede dar cierto cobijo, un lugar compartido. Puede hacer que el otro lado del árbol tenga una historia por contar, y entonces se haga habitable. Puede inventar un árbol a cuya sombra y amparo las personas podamos encontrarnos. Escuchar una historia, leer un cuento, mirar imágenes, conversar, encontrar un poema.

Con el tiempo, la biblioteca empezó a convertirse en un espacio que no está asociado solo al hospital. Las personas que van a la plaza los fines de semana empezaron a acercarse, a quedarse leyendo, a pasar un rato de la tarde entre libros y mediadores de lectura. La combinación de plaza y biblioteca se reveló ideal para que los libros tengan otras compañías, y comenzaron a aparecer talleres, recitales, homenajes y encuentros.

“Del otro lado del árbol” se hizo conocido en La Plata y alrededores, y su nombre y sus formas de construir espacios de lectura entusiasmaron a un grupo de docentes de la localidad de Quilmes, quienes fundaron, en otra plaza, una biblioteca hermana con el mismo nombre. Un libro puede ser también un lugar de encuentros y de nacimientos.

Hablar de lo que hay “al otro lado” puede ser una forma de nombrar el temor a lo desconocido pero también la audacia de ir más allá del mundo conocido. O convertirse en una metáfora para hablar de la ficción, de la invención, de la poesía. Justamente por tener sus sentidos abiertos, por no cerrarse en ser una imagen que habla de una cosa y solo de esa cosa, es que se convierte en símbolo y puede dar lugar a la diversidad, a la exploración y a la expresión.

Como los árboles, que en todas las culturas y todos los tiempos han sido fuente para mirarnos en un espejo metafórico –raíces, ramas, copa, frutos; fortaleza, silencio, templanza, tiempo–, un cuento puede ser también un lugar en el que las personas nos encontremos y hagamos crecer nuevos proyectos de vida.



Interior de biblioteca Del otro lado del árbol, en La Plata



Biblioteca Del otro lado del árbol, juegos en torno a un árbol del parque, La Plata

CAMINOS LECTORES Y TEXTOTECAS

Rita Segato habla de “retejer comunidad a partir de los fragmentos existentes”. ¿Cuáles son los fragmentos que ya existen y están vivos en cada lugar? Aunque estén silenciados, desvalorizados, solo en restos.

Podemos pensarlos a partir de una palabra que inventó Laura Devetach (2008) para nombrar los modos en que las historias, las imágenes, las canciones, los poemas se entran en una vida y en la vida de una comunidad: textoteca.

Suena a biblioteca, claro, porque habla de un acervo, una riqueza, un conjunto. Pero no entran ahí solo los libros sino también los textos, en una mirada más amplia.

¿Qué textos? Los que llevamos dentro, los que nos habitan, los que forman parte de nuestra historia. Lo que sucede es que muchas veces no tenemos conciencia de todo lo que hay o no lo valoramos.

“Cada uno de nosotros fue construyendo una textoteca interna armada con palabras, canciones, historias, dichos, poemas, piezas del imaginario individual, familiar y colectivo. Textotecas internas que se movilizan y afloran cuando se relacionan entre sí. (...) Estos textos constituyen el piso para que la literatura tenga presencia cotidiana, el lugar en el que se puede hacer pie para dar el paso natural hacia la lectura en el sentido más creativo. Para que, cuando llega el momento, se pueda hacer crecer lo que se tiene” (Devetach, 2008).

Nunca se parte de cero. Aunque no haya libros y no haya lectores y lectoras. Aunque las personas no estén alfabetizadas. Ampliar la mirada para reconocer los textos que hay más allá de los libros es imprescindible al menos por dos razones.

En primer lugar, porque, como dice Devetach, es el lugar en el que podemos hacer pie para el encuentro con otros textos. Ir a buscar la literatura fantástica a partir de los relatos de fantasmas o aparecidos que no faltan en ningún lado. Leer *La tristeza de las cosas*, de María José Ferrada (2013), o *Esa cuchara*, de Sandra Siemens (2012), a partir del reconocimiento de objetos que tienen una historia singular en las casas o en el barrio. Buscar poemas que tienen que ver con la tierra para construir una mirada poética sobre las huertas que se cultivan en el patio.

En segundo lugar, porque reconocer las textotecas existentes y vivas es un modo de poner en valor el patrimonio intangible que toda comunidad tiene de hacer crecer su singularidad. Ese “cosmos” propio del que habla Segato, que permite decir “yo vengo de acá, esto es lo que tengo para traer”. Si lo existente es una base para ir hacia la lectura, también podemos pensar al revés: la lectura es una base para que los textos que atraviesan la vida sean más ricos, más diversos, más profundos. El camino es de ida y vuelta.

Gabriel Zaid (2010), un poeta mexicano, dice que “leer es continuar la conversación por otros medios”. Continuarla y enriquecerla, ampliarle los horizontes.

La mirada sobre la textoteca tal vez sea especialmente relevante en la época en la que vivimos. Michèle Petit (2015), antropóloga francesa que hace muchos años investiga sobre la lectura, escribe:

“Gracias a cantos, estribillos, bailes, leyendas o proverbios, el mundo se encontraba ordenado, se podía construir sentido, representarse el espacio y el tiempo, poner palabras o gestos estéticos compartidos a emociones intensas o acontecimientos inesperados, representar conflictos, e inscribirse al mismo tiempo en una continuidad. Era lo que ocurría cuando se conservaba una mitología viva, recompuesta o enriquecida en función de los descubrimientos, de los inventos. Hoy en día, esa tradición oral suele estar desarticulada. Las referencias simbólicas se encuentran desorganizadas, con todos los riesgos que entraña una alteración semejante de esa red que es la cultura”.

CONVERSAR, LEER, ESCRIBIR

Carolina Frigerio trabaja en distintos centros de salud de la localidad de General Pico, provincia de La Pampa, y coordina los espacios de lectura tanto grupales como individuales destinados a niñas y niños. En este contexto, comparte esta experiencia:

“El niño que perdió su nombre (2019) es un libro que uso de manera habitual. Cuenta sobre un niño que una mañana se despertó y le faltaban las vocales de su nombre. ¡Habían desaparecido!

El relato transcurre en las diferentes estrategias que va inventando el niño para encontrar esas letras perdidas. Finalmente, las encuentra en la caja de juguetes donde había unos cubos de letras. Descubrimos que a partir del juego se pueden formar palabras. Por ejemplo, el propio nombre.

Se pueden recortar letras y armarlo a partir del collage. Armar torres de nombres, el nombre-tren, nombre-ronda. Una escritura habilitada desde un hacer sutil. No desde la demanda ‘escribí’, sino como una invitación al encuentro.

Partir de lo cercano, de lo conocido, de quién soy, cuál es la historia que porto son algunas de las líneas que se van abriendo en los diferentes espacios de encuentro con niñas y niños, de forma individual o grupal.

Suelo recurrir al significado de ‘bitácora’ como aquel cuaderno de viaje que usan los marineros. Porque, al fin y al cabo, cada espacio que se abre implica de algún modo un viaje... no hay caminos trazados previamente, solo algunas luces o pistas que nos van guiando por dónde seguir.

Entonces, descubrimos que la escritura no es solo ‘cosa de la escuela’, nos sirve para decir lo que sentimos, para dejar rastro de nuestra historia: ¿Quién eligió nuestro nombre? ¿Qué significa? Porque, para escribir en el mundo, a veces es necesario mirarnos y conocer nuestras propias escrituras, esas que fueron haciendo otros en nuestro cuerpo, en nuestra vida”.

Un libro es también la posibilidad de conversar sobre un acontecimiento que narra, por una palabra extraña que aparece, por una pregunta que dispara. Y de seguir esa conversación escribiendo palabras propias, las que se despertaron con la lectura.

Es la posibilidad de preguntarse por las propias huellas. ¿Qué escrituras hicieron otras personas en mí? ¿Qué quiero hacer yo con ellas?

La lectura, la escritura y la conversación como una invitación al encuentro. Un encuentro en el que cada una no está separada del todo de las otras, sino que forman parte de

un mismo movimiento, de un hacer integrado. De un trabajo con las palabras y con el encuentro entre personas mediado por las historias y los poemas.

También podríamos pensar la secuencia al revés. ¿Qué pasaría si primero se conversa sobre la relación que cada quien tiene con el propio nombre, después se escribe un acróstico¹ y recién entonces se lee el cuento? ¿No se trata también de leer ya desde el primer momento (e incluso si el libro no estuviera)? ¿Qué pasaría si saliéramos por el barrio a averiguar otras historias de nombres? ¿O hacer una lista de los nombres más curiosos? ¿O si buscáramos otros textos que hablen de los nombres? Como el poema “Cambio de nombre”, de Nicanor Parra (1962), que dice:

“Mi posición es esta: / El poeta no cumple su palabra / Si no cambia los nombres de las cosas”.

¿Y si jugamos a cambiarles los nombres a las cosas? ¿No estamos leyendo el mundo al pensar por qué las palabras lo nombran como lo nombran y no de otra manera?

Dice Cecilia Bajour (2009) que “hablar de los textos es volver a leerlos”. Sigue así:

“El regreso a los textos por medio de la conversación siempre aporta algo nuevo. En principio para el que habla, ya que se escucha diciendo a otros lo que el texto suscitó en él y de ese modo ensaya su lectura como un músico cuando lee una partitura. En ese ensayo uno a veces se sorprende por los sonidos de la propia interpretación. Poner afuera, para otros, la música de nuestra lectura puede revelarnos los acentos que pusimos a lo que leímos, las melodías que evocamos o la percepción de su ausencia, los ruidos o silencios que los textos nos provocan. Esos sonidos salen y se encuentran con otros: los de las partituras de los otros lectores. Como en un ensayo de orquesta, el texto crece en acordes sonantes y disonantes con ecos a veces insospechados para los intérpretes”.

¿Es posible volver a interpretar el propio nombre, la historia que carga, lo que dice junto a los nombres de las otras y los otros? El nombre, aquel que se escribe en los bancos de la escuela, en los árboles, en los perfiles de redes sociales. El nombre, los nombres.

A veces los textos son los que vienen en los libros. A veces son, como en el de Parra, un fragmento de un poema o de una canción que nos robamos porque tiene algo especial. Se trata del espacio que se abre a partir de ese texto, de la posibilidad de que haga lugar a otras voces, a un encuentro.

A veces la escritura es simplemente una forma de leer. De encontrarse con lo que se piensa, se siente o se desea, con lo que se ve, se inventa o se imagina en un tiempo a solas y en silencio. Así, la hoja puede ser un lugar para seguir un proceso, para profundizar un juego que no empieza nunca de cero, que es parte del camino que venimos andando.

¹ Texto en el que cada letra de una palabra sirve para formar un verso en un poema, o una oración en una lista.

¿QUÉ LIBROS, QUÉ TEXTOS?

Por momentos puede ser difícil saber por dónde empezar. Sobre todo si quien tiene que elegir siente que conoce pocos libros, que no es lectora o lector. Ya hablamos de la textoteca y de lo importante de reconocer los textos internos: las historias que nos cuentan, las preguntas que nos habitan, las canciones que escuchamos.

Quizás este pueda ser un buen punto de partida: ¿cuáles de los libros que tenemos a mano resuenan en nuestro camino lector?, ¿dónde se conectan?

Pero no se trata solo de los temas que los libros tratan. Al fin y al cabo, la literatura tiene que ver con las formas. Leamos nuevamente a Bajour: “El encuentro de los lectores con el arte pasa en gran medida por cómo nos sacude el cómo”. La potencia de las obras literarias es que nunca podemos terminar de agotar sus sentidos. No transmiten mensajes sino que abren un espacio de imaginación, de conversación, de pregunta.

Es cierto que la diferencia entre cerrar o abrir los significados depende muchas veces más del trabajo de la mediadora o el mediador que del texto. Pero aun así, no es lo mismo cualquier texto, ni en un plano subjetivo ni en uno más objetivo.

En primer lugar, porque no es lo mismo llevar un libro, una historia o una canción que se ama, que se conoce a fondo, que está entramada con la propia memoria. Que tiene que ver con las preguntas que la mediadora o el mediador se están haciendo en el momento en que lleva el libro. A veces el solo hecho de escuchar a alguien compartir algo con pasión alcanza para generar un momento de intensidad y un deseo. Aun si eso que se comparte no se entiende del todo.

En segundo lugar, porque hay libros y libros, y podemos explorarlos para identificar aspectos propios del texto que lo hagan más o menos interesante para trabajar con un grupo.

Iris Rivera (2012) aporta este registro de ida y vuelta:

“¿Cómo sé si un texto es malo o bueno?”, pregunta Cintia.

Devuelvo la pregunta al grupo: ‘¿Cómo sé si un texto es bueno o malo?’

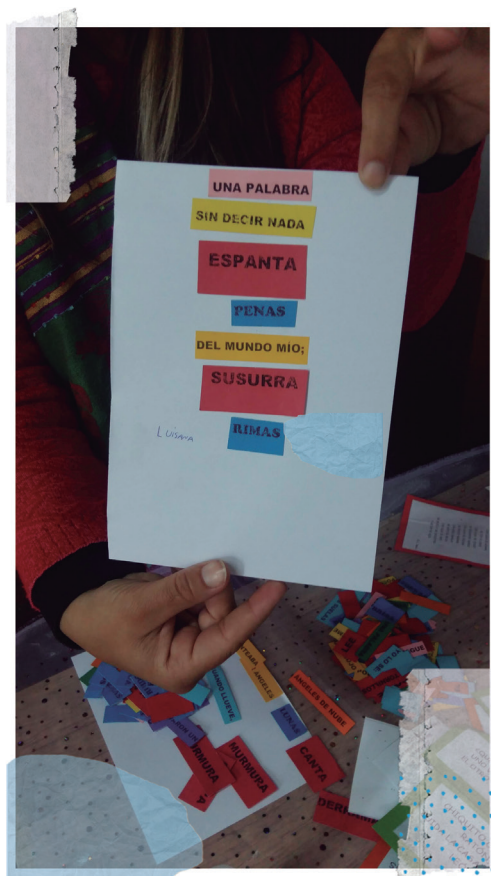
Cintia misma arriesga una respuesta:

‘Cuando un texto me parece malo es porque siento que voy rápido por la superficie. El que es bueno, en cambio, se ahonda, se va para adentro. Es como que la palabra que está escrita deja de importar porque se va, se va, se va para adentro’, explica”.

ARMAR EJE, ARMAR HILO

En la localidad de Mar del Plata, provincia de Buenos Aires, la organización Jitanjáfora² trabaja desde hace muchísimos años en la promoción de la lectura y la escritura. De los tantos proyectos que han llevado adelante, uno se desarrolló con una asociación vecinal de un barrio que había crecido mucho en los años anteriores. Un barrio con muchos espacios verdes, parte del bosque de las afueras de la ciudad, con muchas vecinas y vecinos sin historia en el lugar. El desafío que se planteaba era el de generar pertenencia y espacios de intercambio social, en un territorio que prácticamente carecía de instituciones propias.

La decisión para empezar a abordarlo fue plantear un eje singular en torno al cual construir una propuesta; lo llamaron "Ciudades de palabras". La idea era "ir de lo cercano, lo conocido, a lo más alejado, aquellas nuevas representaciones de lo espacial constituidas por el discurso literario". Trabajar con los nombres de las calles, los lugares del barrio, el bosque y sus animales, por un lado; y con textos literarios vinculados con pueblos, ciudades, con territorios imaginarios, por otro.



Una palabra sin decir nada. Explorando ciudades de palabras en Jitanjáfora, Mar del Plata.

² <https://jitanjafora.org.ar/voluntariado-puntos-de-lectura/>

Buscar puntos de conexión en la vida cotidiana y en las referencias simbólicas de un grupo tiene relevancia al menos por dos razones. La primera, que las textotecas ya existentes ofrecen un apoyo para la entrada de los libros, que no se ven tan ajenos incluso para quienes pueden resultar objetos menos familiares. La segunda, que permiten que los textos se involucren en las construcciones de sentido que una comunidad ya viene haciendo sobre su vida. Un camino de ida y vuelta.

Un camino de ida y vuelta, y un eje como puente. Las “ciudades de palabras” como la posibilidad de ir y volver entre los textos de la vida cotidiana y los de los libros. A veces, plantear un eje habilita a explorar las lecturas con una mirada más atenta a los detalles o a desplegar asociaciones que enriquecen la construcción de sentido.

Hablamos de eje y no de tema. ¿Hay diferencias? Quizá sutiles, por sus connotaciones, pero las hay. Un tema refiere a un conjunto de saberes más o menos cerrados sobre cierta cuestión. Un conjunto sobre el que sabe mucho quien coordina, y las demás personas, poco o nada.

Un eje se arma en torno a cierto universo. Con más flexibilidad, con más apertura y dando mucho lugar a las resonancias que genera en todas las personas que trabajan con él. Un hilo que va entramando elementos dispares a través de algunos puntos que tienen en común.

Lo que importa no es la palabra sino el modo de procesar los materiales, de presentarlos, de elaborarlos. Eje, tema o hilo, lo que cuenta es la posibilidad de establecer un territorio de lectura acotado que invite a la exploración. Decimos posibilidad porque no quiere decir que siempre haya que pensar en ejes. Se trata de un recurso. Los límites, como las reglas en los juegos, ayudan muchas veces a la creatividad y la expresión.

¿Cómo empezar a hilar? En Jitanjáfora dan cuenta de la importancia de una buena selección de textos como punto de partida. La selección “es un ejercicio que requiere cada vez detenerse en las posibilidades estéticas, sensoriales y cognitivas que cada texto ofrece (...)”. Con libros, pero no solamente:

“La selección de textos es el puntapié inicial y a partir de allí cada detalle busca generar una atmósfera particular que sitúe a los lectores y los vuelva protagonistas de una escena de lectura única. A través de objetos que pertenecen al campo semántico del texto seleccionado, de música y detalles ornamentales que forman parte de la construcción de significados posibles, se pretende despertar la curiosidad de los asistentes y ofrecer pistas a modo de anticipación de cuestiones relativas al texto o textos seleccionados, para que sean descubiertas por los lectores”.

Así, la ciudad de palabras despliega sobre el barrio un imaginario nuevo, al tiempo que presenta puertas y ventanas de entrada a los libros en las cosas de todos los días.

“Si las hormigas de los poemas de Laura Devetach logran decir ‘Chimichurri chimichurri’ (2004) y moverse en una hoja de papel, ¿qué podrán decir las arañas de Santa Celina? Si los monos de Anthony Browne en Voces en el parque (1999) saben que ese parque puede ser oscuro o luminoso, ¿cómo ver la plaza propia? Si vivir en ese barrio me convierte en alguien que puede ver el mar a la distancia, estar cerca de la casa de mis amigos, tener tierra para pisar, animales con los que jugar y calles para andar en bicicleta, puedo reconocermelo como tal y pensar en eso como una forma de decirme”.

Porque, como sostenemos con Fabio Morábito (2014), “decimos más profundamente lo que sentimos cuando lo decimos con palabras de otros”.

LEER EL TERRITORIO

La lectura del territorio también puede hacerse en torno a la obra de una escritora o un escritor, otro eje posible. Seguir su obra ofrece la posibilidad de trazar relaciones entre textos, explorar un estilo para trabajar con las palabras o temas recurrentes en los libros. Y aunque a la hora de leer lo que cuentan son los textos y no las biografías, muchas veces es posible encontrar elementos de interés para enriquecer la interpretación en las vidas de las autoras y los autores.

La Sala Abierta de Lectura de la localidad de Tandil, provincia de Buenos Aires, otra institución con muchos años de historia, cuenta sobre un proyecto que se llevó adelante con la obra de la cordobesa María Teresa Andruetto. La propuesta, que contó con la colaboración de estudiantes de la carrera de Geografía de la Universidad Nacional del Centro de la provincia de Buenos Aires (UNICEN), consistía en un mapeo colectivo del barrio en paralelo a la lectura de los cuentos. Reconocer los lugares que dan temor, los que tienen que ver con el amor, los misteriosos, los alegres era parte de un recorrido que culminaría con la visita de la escritora.

“Surge entonces la idea de construir en cartón los personajes y objetos que resultaron más significativos para las niñas y los niños a la hora de armar una maqueta. (...) Querían mostrarle a la autora cómo los personajes de sus historias habitaban el barrio San Cayetano, cargados de sentimientos.

¿Dónde viviría Juan?³ ¿El rey en la iglesia?⁴ ¿Qué nos dice ese zapato en las vías del tren?⁵ ¿El árbol de lilas va en la plaza!,⁶ exclamaron varias niñas y niños a la vez, y las preguntas llevaban a nuevos interrogantes, pero también a muchas respuestas donde se construyeron y deconstruyeron, en un vaivén de palabras, risas e historias las ideas, mitos y prejuicios sobre espacios del barrio donde habitan cotidianamente. La iglesia, por ejemplo, se transformó en castillo por su arquitectura y disposición barrial, y compartimos cómo se construyó con las vecinas y los vecinos, descubriendo en las historias de Andruetto muchos puntos de encuentro.

El barrio se cargó de nuevos sentidos, nuevas subjetividades abrazaron sus lugares cotidianos, de la mano de otras personas y de los libros y sus historias, y en ese mismo andar las niñas y los niños no solo ensancharon su mundo sino que lo transformaron”.



La ciudad imaginada a partir de la obra de Andruetto, proceso de trabajo, Sala Abierta de Lectura, Tandil

³ Andruetto y Hernández (2003).

⁴ Andruetto e Istvanch (2010).

⁵ Andruetto y Bernasconi (2012).

⁶ Andruetto y Menéndez (2006).



La ciudad imaginada a partir de la obra de Andruetto, Sala Abierta de Lectura, Tandil

Como dice Federico Falco (2020), en la novela *Los llanos*, “por momentos la ficción es la única manera de pensar lo verdadero”. La lectura de una historia de amor en la que un hombre espera años y años debajo de un árbol de lilas puede hacernos ver de otra manera los árboles que tenemos en la plaza. Dotar la vida cotidiana de mundos imaginarios es enriquecerla, crearle horizontes que nos permitan mirar y desear más lejos. O al menos sentir que formamos parte de una historia, que el tiempo que atravesamos está vivo y no se aplasta en el paso de las horas y los días.

LEER HASTA LAS PIEDRAS

Un dicho con resonancias bíblicas lo exagera: hay quienes hacen hablar hasta las piedras. Esas mudas, esas que tantas veces representan la cerrazón, la frialdad, la ausencia de ternura. Esas que parecen ser infinitas en algunos lugares de nuestra tierra.

Si hablamos de dotar la vida cotidiana de mundos imaginarios, tal vez se trate de mirar lo que hay cerca y en abundancia. Lo que tenemos tan a la vista que nos olvidamos de mirar con otros ojos. Lo que es tan obvio que no se nos ocurre interrogar.

Sin embargo, en la localidad de Comodoro Rivadavia, provincia del Chubut, hay una biblioteca popular que les hizo un lugarcito, las dejó entrar. Y al ponerse en contacto con los libros, las historias, las voces, empezó a encontrar que tenían mucho para decir.

Fue en el marco de un taller. Encuentros semanales de tres horas en la biblioteca, para niñas y niños. Lectura, escritura, artes visuales, al ritmo e intereses de cada grupo. Yamila Elías, su coordinadora, cuenta:

“El ‘Abecedario de piedra’⁷ surgió de una conversación sobre los hermanos menores que hacían sus primeros intentos por descifrar las letras. Así, elaboramos para ellos un abecedario ilustrado con piedras.

El proceso incluyó varios encuentros; la lectura de material relacionado, la selección de las palabras en un proceso muy rico de debate, la búsqueda de las piedras en una excursión al campo; la representación plástica de cada palabra con las piedras; la fotografía con el celular de cada letra ilustrada; la edición digital de la foto; la impresión de las imágenes y el armado de un libro.

Hicimos también una edición digital para subir a las redes. Con las mismas imágenes diseñamos postales y señaladores para regalar a los lectores.

Entre los libros que usamos, algunos tenían que ver con las letras, como el Abecedario de mano⁸ de Isol; Abecedario⁹ o Numeralia.¹⁰ Otro con las relaciones entre hermanos, como las historietas de Mayor y menor¹¹ o El Menino.¹² Todos ya formaban parte del taller, porque las niñas y los niños suelen llevar libros prestados. Incluso van llevando el registro de sus devoluciones, jugando un poco a ser bibliotecarios”.



Wifi (o uvas): Abecedario de piedra, fragmento de producción colectiva. Bibliotecas populares de Comodoro Rivadavia

⁷ <https://issuu.com/yamilaelibur/docs/abecedario-de-piedra>

⁸ Isol (2015).

⁹ Kaufman, Franco y Bianki (2014).

¹⁰ Luján e Isol (2007).

¹¹ Chanti (2010).

¹² Isol (2015).

Un taller es un espacio en el que se parte del hacer y en el que pensamientos, emociones, preguntas, aprendizajes van emergiendo y se articulan a partir de lo que se hace.

Cuando el grupo llegó a la biblioteca, la tallerista no sabía que iban a conversar sobre cómo hermanas y hermanos menores estaban aprendiendo a leer. Y menos todavía pensaba que podían continuar esa conversación con las piedras. Ni hablar de terminar haciendo un libro con un abecedario de piedras. Pero escuchó lo que chicas y chicos traían, pensó en algunos libros que le gustaban y que le habían gustado al grupo, y empezó a tejer.

¿Hay incertidumbre? Por supuesto. Cuando se empieza a hacer no sabemos a dónde se llegará, cuál será el rumbo. No lo sabe ni quien coordina ni quien participa. Pero la invitación es a confiar en que la acción nos llevará hacia algún lugar interesante, que después podremos conversar y volver a mirar.

Acá viene la palabra “exploración”. Quien explora anda por tierras que tienen un mapa incompleto. Y así son las tierras de los mundos interiores que tenemos las personas.

Al conversar sobre los libros, al proponer una actividad plástica o de escritura, hay preguntas o consignas que invitan a la exploración. Son abiertas, no tienen una única respuesta, y quien abre el intercambio no sabe del todo qué es lo que puede surgir. Otras preguntas cierran los sentidos de antemano. No hay recetas para prepararlas, pero sí podemos prestar atención a lo que nos imaginamos que puedan generar.

El relato de las piedras tiene otro aspecto interesante. ¿Cuál es el sentido de generar una actividad para hermanas y hermanos menores, chicas y chicos que no están yendo a la biblioteca?

Hacer algo para otras personas es también hacer algo por una misma o uno mismo. Cuando le leo a otra persona también estoy leyendo yo. Con un valor agregado que es también un alivio, en muchas ocasiones: no tengo que justificar frente a nadie, y mucho menos frente a mí, que me gusta leer.

En muchos contextos, leer –como escribir un poema o un cuento, como dibujar, como actuar– puede ser visto como una actividad impropia. De pérdida de tiempo, de otra clase social, de gente aburrida. Para los varones, puede ser algo poco masculino. Tener la excusa de que “no lo hago porque me guste” sino porque “es para mi hermanito” puede ser la llave para abrir una puerta que los prejuicios sociales tienen con candado y cadena.

El deseo también hay que habilitarlo y avivarlo.

ESCENARIOS, OBJETOS Y SOPORTES

Para que las piedras puedan ser leídas, hay que disponerlas de modo tal que inviten a abordarlas. Si aparecen en los estantes de una biblioteca, se acercarán a los libros. Si están dispuestas en una mesa, se mostrarán como material de trabajo. La disposición espacial de las situaciones de lectura habla y propone por sí misma, muchas veces sin que sea necesario explicitar lo que se puede hacer. O genera que, cuando la explicitación llega, la curiosidad ya se disparó por la sola presencia.

No se trata solo de piedras. Caracoles, recipientes con tierra o arena, frascos con sustancias que poseen un aroma característico, objetos de esos que vienen de generaciones anteriores portando alguna historia, frutas, todo es susceptible de lectura. Para que las palabras crezcan, nombren y se potencien, nada mejor que no dejarlas solas. Los espacios de lectura se enriquecen cuando se hacen más diversos en su materialidad, y cuando se presentan como escenarios en los que es posible moverse, tocar, oler, oír, explorar también con el cuerpo. Incluso los libros.

En la Sala Abierta de Lectura, en la localidad de Tandil, lo saben bien. Por eso, cuando el municipio les propuso trabajar en articulación con el Área de la Mujer para generar encuentros de lectura, pensaron en un abanico amplio de dispositivos y escenarios. El objetivo era que muchas mujeres se reconocieran como lectoras, aun cuando no tuvieran un vínculo construido con los libros. Entonces sacaron los libros de los estantes, sacaron las palabras de los libros e intervinieron un enorme salón con sectores y rincones variados, dispuestos al encuentro con las palabras.



Libros colgantes. Otros dispositivos de lectura. Sala Abierta de Lectura, Tandil

En algunos lugares, había paraguas de palabras: temáticos (por libros o autores), colgados en diferentes lugares e intervenidos con coplas, poemas y citas. También colgando estaban las canciones, en una cortina que, junto a las letras, ofrecía papeles en blanco con el fin de que quien quisiera sumase una canción para compartir. ¿Quién no se sabe aunque sea el pedacito de una?

Una mesa estaba servida con pequeños bocaditos literarios, los *haikus*, esos poemas japoneses de tres versos que son camino directo a la perplejidad. Para llevarse en una cajita de regalo. Otra mesa tenía portarretratos con poemas visuales. Otra tenía una pro-

puesta de escritura con un título singular: "Palabras que acarician". En un canasto, palabras sueltas en pequeñas cartulinas. En una hoja, la invitación a sacar tres al azar y usarlas para escribir una "caricia con la palabra" de no más de quince palabras en total. Un desafío a la creatividad y al delirio.

También había libros, claro. Sobre distintos soportes, en lugares inusuales. Algunos estaban colgados del techo, entre telas de colores. Otros aparecían entre los árboles del patio, y algunos más entre pies y caños de iluminación, u otras estructuras del lugar.

Ofrecer distintos objetos y soportes de lectura es un modo de invitar a las personas que no se sienten en confianza con los libros a acercarse a las palabras. De provocar sorpresa y encuentro, o de destacar fragmentos luminosos que las mediadoras y los mediadores hallamos para compartir. O, como en otra experiencia de Jitanjáfora, en la localidad de Mar del Plata, provincia de Buenos Aires, generar presencia a la distancia, en un proyecto en el que una vez por mes iban a un centro en el que se brinda apoyo escolar.

"Al terminar realizamos un afiche para anotar los encuentros y las lecturas, como ayudamemoria, y lo dejamos en la puerta, consignando la fecha, el título y una copia de la tapa de la obra leída y alguna de sus palabras y valoraciones. También dejamos tres sobres que corresponden a cada jueves que no estarán con nosotras, para que la coordinadora del Centro y la maestra que realiza el apoyo escolar puedan compartirlo en el desayuno o antes de almorzar; así se logra que el contacto con la literatura y la lectura placentera no se pierda de mes a mes (esto lo realizaremos en cada encuentro). Estos sobres contienen: uno, libros con juegos de palabras, trabalenguas, adivinanzas; otro, poemas, caligramas o canciones; y el último, un elemento que remite al cuento que se leerá en el próximo encuentro (en este caso caperucitas rojas para que pinten y se lleven, anticipando el cuento que vamos a leer la próxima vez)".

MEDIADORAS Y MEDIADORES

En un barrio del partido de Tigre, en el norte del conurbano bonaerense, desde hace veinte años funciona un Centro de Lectura (CDL). Empezó como un proyecto en una escuela, en la que Javier Maidana, profesor de Literatura, convocaba a un grupo de estudiantes con el fin de que se formaran como lectoras y lectores para otras y otros. Una vez por semana, durante dos horas, se reunían para seleccionar cuentos, poemas, canciones y otros textos, ensayar su lectura en voz alta y elegir cuáles podían ir junto con otros en una misma función.

Después invitaban a la biblioteca de la escuela a los cursos más chicos y les presentaban un espectáculo literario. Luego proponían un espacio de intercambio, unos minutos para conversar sobre lo que había impactado. Algunas veces sumaban música en vivo y otras, vestuario. Nunca dejaban de “vestir” la biblioteca para la ocasión, con telas y juegos sencillos de luces, como para generar un clima.

En algún momento, el proyecto no pudo seguir en el colegio. Las y los participantes no querían que terminara. Entonces el profesor, que vivía a unas pocas cuadras de la escuela, ofreció su casa para seguir encontrándose. Empezaron a asociarse con otras escuelas, con bibliotecas populares, con centros comunitarios, para continuar dando funciones. Hasta que apareció una nueva escuela que se ofreció a alojarlos, y el recorrido siguió desde ahí.

Sebastián Montes es uno de los coordinadores que actualmente tiene el CDL. Pero no siempre desempeñó ese rol. Cuando tenía doce años y estaba en el primer año de la secundaria, era parte del público. Tanto le gustaba lo que hacían que, cuando un día Javier hizo una invitación abierta para participar en una obra de teatro, fue el primero en levantar la mano. De ahí a sumarse como lector hubo solo un paso, el primero de un camino que, quince años después, sigue andando y le permitió formarse como mediador de lectura.

¿Qué es un mediador? Sebastián lo cuenta así:

“Un mediador es un puente entre las palabras y las personas. Las palabras que hay en un cuento o en un poema, pero también en una canción o en una obra de teatro. Entre una obra artística y la gente.

Un puente es un elemento que conecta dos cosas que ya están ahí, que ya existen en el mundo. El mediador busca una conexión. No se trata de ‘llevar’ algo hacia otro lugar, sino de conectar, de tender lazos. De mediar.

Para eso es necesario dar lugar a la propia mirada poética, a la propia sensibilidad. Aprender a leer el mundo con otros ojos, desde otro lado más allá del lineal. Poder maravillarse con una puesta de sol, emocionarse con una película, entregarse a lo que el mundo tiene para ofrecernos y redescubrir las cosas que ya existen”.

No se trata de enseñar algo que se sabe y que las otras personas ignoran. Por eso no importa tanto lo que una mediadora o un mediador conoce, sino la curiosidad y la pasión que siente por las palabras y las cosas. Lo que cuenta no es conocer géneros y autores, o tener muchos libros, sino encontrar la propia capacidad de compartir algo que fascina o de generar un espacio para que alguien más se encuentre con su propio asombro.

En el CDL, quienes ofician de mediadoras y mediadores son estudiantes de escuelas secundarias. La mayoría se acerca por el disfrute de las historias, por el deseo de acercarse a otras chicas y otros chicos de menos edad el gusto de un espacio compartido que, a través de cuentos y poemas, tiene un tono especial.

Las mediadoras y los mediadores cuentan con un espacio para elegir textos y ensayarlos, y un coordinador que puede acompañar ese proceso en sus distintas aristas. Con esos elementos de base es suficiente para que, aun quienes no traen un bagaje de lecturas, puedan ser extraordinarias mediadoras y mediadores.

En los últimos años, las funciones literarias empezaron a incorporar tecnología. Con un proyector, una computadora y un equipo de sonido, encontraron la posibilidad de que el público acompañe la escucha de los textos con la mirada. Y que la lectura se enriquezca con imágenes y música, además de efectos de sonido. Incorporaron cortometrajes y con ellos un espacio dentro del CDL para verlos previamente y seleccionar.

Así el grupo empezó a funcionar como una pequeña compañía artística en la que no siempre todas y todos leen en voz alta. Se establecen roles: quienes preparan los archivos para proyectar y los hacen correr en la función; quienes proponen y eligen el material audiovisual; quienes se encargan de preparar el espacio físico o quienes tocan un instrumento. Al diversificarse, el grupo se potencia e incluye a chicas y chicos que nunca hubieran pensado formar parte de un proyecto de lectura.

CENTROS DE LECTURA

¿Es posible armar un centro de lectura y generar un grupo de mediadoras y mediadores aun en una comunidad que no tiene muchas lectoras o lectores en su sentido tradicional? Por supuesto, mientras se generen espacios de formación que permitan que haya “buenos”¹³ textos para leer y que quienes los interpretan tengan espacio para prepararlos.

¿En qué consiste esa preparación? Antes que nada, en tener tiempo para elegir, para “probarse” los textos. A veces un mismo texto puede sonar mejor y tener más potencia en un tipo de voz que en otra. También es imprescindible ensayar: leer una y otra vez en voz alta, buscar las entonaciones, los matices. Leer bien en voz alta no es hacerlo de forma correcta, sino en una pequeña actuación que haga que quien está del otro lado se deje llevar por las palabras.

La selección de textos también es fundamental. No se trata solo de que gusten a quienes van a poner la voz, sino de imaginar cómo los puede recibir el público al que llegarán. Muchas veces es necesario que el criterio que prime sea de quien coordina el espacio, pero también es importantísimo, para la instancia de formación, que el grupo tenga la posibilidad de explorar distintos libros y conversar sobre ellos antes de elegir. En el CDL, esta instancia se da muchas veces a través de la mesa de libros. Sebastián la describe así:

¹³ Ver el apartado “¿Qué libros, qué textos?”.

“Una mesa de libros sería como una mesa dulce en una fiesta de quince o un casamiento. Hay diferentes cosas para elegir y comer, uno se acerca y se lleva lo que quiere. Pero en vez de una mesa de comida, donde lo que te llevás no lo podés volver a dejar (sería de muy mal gusto dejarlo en la mesa mordido), acá los libros se disponen y se pueden agarrar, dejar, hojear, leer, compartir”.

Los proyectos donde se convoca a personas que no son especialistas para conformar un grupo de mediadoras y mediadores de lectura no se hacen solo con jóvenes. Hay experiencias muy potentes con adultas y adultos mayores. Silvia Seoane (2010) se refiere a una instancia que organizó el Plan Nacional de Lectura del Ministerio de Educación de la Nación, en la localidad de Hurlingham, en el oeste del conurbano bonaerense. El punto de partida era la narración oral, recuperando historias vividas, oídas o leídas, y expandiendo la trama con lectura en voz alta.

“Los chicos esperaban siempre entusiasmados a estas mujeres que contaban y leían y las conocían por sus nombres y por sus cuentos. Me acuerdo de una vez que entré con ellas a una escuela y unos quince chicos se les abalanzaron y, mientras se colgaban abrazándolas del cuello y las besaban, les decían cosas como: ‘Hola, vos sos la abuela Inés, que nos contaste el cuento del señor de los sombreros, y ella es Mirta. Hola, Mirta, ¿trajiste el libro de la bruja?’”.

Las mujeres y algunos pocos varones se formaban para ser mediadoras y mediadores de lectura. Además, en ese proceso se contaban historias de sus vidas y, en esas narraciones, se descubrían unos a otros y a sí mismos; reelaboraban su experiencia y le asignaban sentidos. Narrar es, de hecho, un modo de hacer existir como una totalidad con sentido hechos que en la vida existen aislados. La narración organiza los hechos y, en ese movimiento, los explica.

Una ocasión así resulta propicia tanto para las niñas y los niños que reciben los cuentos, en la escuela o en otros contextos, como para quienes se preparan para contarlos. Tener a alguien a quien contarle una historia es tener a alguien que escuche, que espera algo que se tiene para dar. Es un gesto vital que pone en movimiento el deseo y la espera. Una acción que construye vínculos sociales, encuentros entre personas de distintas generaciones que se conocen a través de la lectura, las anécdotas y las ficciones.

En la localidad de La Cruz, provincia de Corrientes, Sebastián Franco y María del Carmen Santos comparten otra experiencia realizada con estudiantes del profesorado de Lengua y Literatura. Con la excusa del Día del libro, propusieron una “Plaza tomada” por rincones de lectura. De este modo, no solo potenciaban la formación de los futuros

docentes al plantearles nuevas situaciones, sino que intervenían el espacio público con lecturas; justo en ese lugar de encuentro y juego que es la plaza. Dice Jorge Larrosa, profesor y licenciado en Pedagogía y Filosofía:

“En la lección, el texto se convierte en palabra emplazada, en palabra colocada en la plaza, en el lugar público, en el lugar que ocupa el centro para simbolizar lo que es de todos y no es de nadie, lo que es común. Y en la plaza, en cuanto palabra emplazada, el texto nos emplaza: por el texto cada uno está emplazado en lo común, emplazado por lo común” (Larrosa, 2003).

(...)

En torno al texto como palabra emplazada, cuando el texto es de verdad algo que cabe llamar común, se articula una forma particular de comunidad, una forma particular de estar emplazados por lo común. Y esa forma es una amistad, una philía, una unidad que soporta y preserva la diferencia, un nosotros que no es sino la amistad de singularidades posibles. El común del texto es así comunidad de diferencias o, estrictamente, una conversación. Pero una conversación que tiene también su cara silenciosa, reflexiva, solitaria”.

Laplaza funciona como el lugar en donde intersectar la trama lectura-escuela-comunidad, el campo propicio para el encuentro entre las instituciones que hay en un territorio y lo que está por fuera de ellas. La posibilidad de explorar potencias e intersticios que toda comunidad tiene para que, en ese pequeño desplazamiento de los carriles habituales, se enriquezcan tanto quienes van a la plaza y se hallan con una oportunidad inesperada como quienes se forman para el aula y se topan con desafíos distintos. Círculos virtuosos.

Cuentan Sebastián y Marita:

“La tarea comenzó con el armado de los itinerarios de lectura y un ‘ensayo general’ en el que profesores y practicantes oficiamos de mediadores y de lectores. Luego, ya en la plaza, los estudiantes recibieron a los grupos de niñas, niños y jóvenes; en talleres rotativos habilitaban la exploración, leían en voz alta el libro que el grupo decidía leer y propiciaban la conversación en torno a las sensaciones, las hipótesis de lectura, los acuerdos y desacuerdos, las preguntas, las dificultades que el texto ofrecía al grupo”.

Tal como en el CDL, la tarea no comienza en el momento de estar frente al grupo. Armar itinerarios, seleccionando e hilando textos, es un punto de partida que se expande con los ensayos, porque

"Leer no es solo vocalizar, que la fluidez y la correcta pronunciación son solamente un aspecto, que se combina con las posibilidades de significar, de dar señales por donde se cuelan la ironía, el doble sentido, la nostalgia, los recuerdos, la incertidumbre".

(...)

"... comparábamos el acto de 'dar a leer' un texto con una ofrenda del mediador a los lectores. Una ofrenda hecha palabra por la voz y por el cuerpo, que con la gestualidad, el ritmo, los silencios, los tonos..."

Esto solo es posible si nos corremos del rol de docente, de quien tiene algo para enseñar que está predeterminado de antemano. Si se resigna el control de los significados y se presta oído a lo que quienes están del otro lado hacen resonar a partir de la lectura. Por eso reaparece la figura del

"mediador, ese lector atento a las posibilidades de significación que un texto ofrece a determinado grupo en cierto contexto, de la borrosa frontera que habilita o restringe las posibilidades del sentido como una construcción colectiva donde todas las voces son necesarias".

(...)

"'Plaza tomada' permitió a nuestros estudiantes apropiarse del espacio público más emblemático y plagarlo de voces literarias, sin más ni menos que los textos y la posibilidad de conversar a partir de ellos, sobre esas resonancias que permite el encuentro amoroso, diría Yolanda Reyes, entre lectoras y lectores que comparten los regalos de la lectura".

Identificar los recursos que tiene una comunidad es un paso fundamental para construir espacios de lectura. ¿Qué personas tienen una capacidad potencial para contar historias, para leer cuentos, para invitar a mirar el mundo con otros ojos? Aunque no sean lectoras y lectores en un sentido tradicional, aunque no sean habitué de libros.

¿Quiénes tienen tiempos disponibles o posibles para prepararse y salir a tomar las plazas? ¿Podemos ofrecerles herramientas y generarles el deseo para que se conviertan en mediadoras y mediadores?

En todo barrio, en todo pueblo, hay mediadoras y mediadores que no saben que pueden serlo. En todo pueblo, en todo barrio, hay lugares que pueden volverse territorios de lectura. Se trata de empezar a dibujar ese mapa y ponerlo en acción.

PAREDES QUE HABLAN



Intervención de Acción poética en la ciudad de Tucumán

Una pared en una calle, en un barrio. Negro sobre blanco en letra mayúscula. Una tipografía sencilla pero reconocible. Un fragmento poético de no más de ocho palabras. No hablar de política ni de religión.

A partir de ese dispositivo se disparan trayectos de lectura en todas las direcciones. De la plaza a los muros, del encuentro al destello, la lectura atraviesa el espacio público y su construcción. Y es atravesada por él.

Cuenta Fernando Ríos Kissner, desde la provincia de Tucumán, que hace años se enteró de un poeta mexicano que, en busca de lectoras y lectores para sus poemas, salió a la calle. Acortó los poemas y agrandó las letras. Dejó el papel y tomó los muros.

En pocas palabras, fundó el movimiento "Acción poética". El poeta se llama Armando Alanís Pulido y se propuso "poner la poesía donde merece estar, en la calle".

Durante años, fue una iniciativa solitaria y ceñida a la ciudad de Monterrey, al noreste de México. Hasta que Fernando se decidió a replicarla en Tucumán. En un comienzo, con intervenciones personales y furtivas. Su testimonio nos dice:

“Al principio pintaba con un grupo de amigos. Después se sumaron algunos más, después incluso gente que yo ni conocía. Salíamos a la madrugada, tipo dos de la mañana a pintar esas paredes que uno cree que no tienen dueño, que están como abandonadas.

Ahí me empecé a preguntar otras cosas. Sobre la responsabilidad, la inseguridad, o qué diría el vecino dueño si aparecía.

Entonces sentí que a Acción Poética le faltaba una vuelta de tuerca y, de las reglas originales que había elaborado Armando, escribo un pequeño manifiesto.

Era un desafío, porque había que esperar ahora que la gente nos invite a pintar, que done su pared. Pero cuando lo comparto en redes sociales, empiezo a recibir una lista infinita de gente que quería tener un texto de Acción Poética en su pared. A partir de ahí se genera un círculo virtuoso, que es poder trabajar de día, a la vista de todo el mundo, empezar a elegir los textos con los vecinos.

Ahí me di cuenta de que teníamos en Acción Poética una herramienta fantástica para dar voz y visibilidad a un montón de personas. Pasamos como a otro nivel, que era dejar de ser nosotros quienes decidíamos qué textos tenía que leer la gente, qué textos tenían que ir en las paredes.

El hecho de trabajar con paredes que nos cedían, el hecho de trabajar de día, invitando a los vecinos a sumarse, dejar las veredas limpias y que la gente veía que esto tenía un valor hizo que las fotos empiecen a viralizarse, tengan difusión por toda América Latina. Ahí sentimos por primera vez que Acción Poética era un movimiento”.

La sencillez y la potencia del dispositivo hicieron que aparecieran réplicas de “Acción Poética” por todos lados. Paredes de pueblos y ciudades de muchos países comenzaron a poblarse de versos de Juan Gelman, Violeta Parra, Antonio Machado, entre otros, haciendo reverberar una frase también escrita en más de una pared: “Sin poesía no hay ciudad”.

“Es increíble la idea que tenemos nosotros de las calles. La calle divide barrios, divide pandillas. Es ese lugar donde generalmente escribimos cosas que tienen que ver más con lo agresivo, con la ofensa. La calle que divide, que separa.

Pensamos que las paredes también pueden decir otras cosas. Pueden unir, ligar”.

Entonces tuvo lugar otra etapa del movimiento. En la que no solo se elegían textos de poetas célebres, sino que se proponían espacios de taller para que sea la propia comunidad la que tenga la posibilidad de escribir lo que quiere pintar. Lo que quiere que después sea leído en las paredes de su propio barrio. Siempre manteniendo las reglas del inicio que enmarcan un territorio de exploración de enorme potencia.

A la dimensión visible de las paredes se suma un plano invisible, que tiene que ver con el proceso. Sería imposible sin la producción, pero es el corazón de la fruta. Se trata de leer, conversar y escribir sentipensando el territorio, que puede ser un barrio, un club barrial, el borde de una ruta, el muro de una cárcel. La pregunta por lo que queremos que digan nuestras paredes como una forma de poner en movimiento la construcción de una comunidad, una ocasión para enunciar un nosotras y un nosotros sin dejar de interrogarse por lo que ese nosotras y nosotros alberga.

“Las cosas que hacemos en Acción poética no tienen que ver exactamente con los murales que después se ven pintados. Lo más hermoso es lo que sucede en los talleres. Son cosas mágicas que no se traducen en una pared.

Hicimos un trabajo con el Ente de Cultura de Tucumán y una organización social que se llama Crecer juntos, en distintos barrios: un paseo poético con textos redactados por las propias madres del barrio. Y esas calles que separaban los barrios empezaron a unirlos, con expresiones de las madres. Siendo ellas las protagonistas también eran las custodias de esos murales.

(...)

Cuando hacemos un taller, por supuesto que se generan un montón de textos. Pero para pintar hay que elegir uno.

Entonces una vez que todo el mundo termina de escribir, se hace una gran lectura de los textos, en la cual les pido siempre mucho respeto, porque es importante lo que nosotros decimos pero siempre lo es más lo que el otro tiene para decir. Lo que les pido es que, cuando haya un texto que les guste, que no lo aplaudan, que no lo griten, sino que lo vamos a suspirar. Por lo tanto, aquellos textos que ganen el mayor suspiro colectivo son aquellos que finalmente serán escritos en la pared”.

Generar espacios de lectura es también resignar el control sobre las formas en que construimos sentidos, sin dejar de intervenir una y otra vez la conversación colectiva con elementos que creamos que puedan enriquecerla. Sin dejar de ofrecer palabras, símbolos y preguntas que den a la vida compartida más color, diversidad, espesura. Aunque no sepamos cómo va a ser recibido eso que se ofrece. Aunque ignoremos quién va a recibirlo.

“Ver desde las calles cosas para leer. Arrancar un suspiro, una sonrisa de ese vecino que no tiene tiempo para leer ni siquiera un libro, que va en un colectivo a las seis de la mañana a laburar y que pueda, en un abrir y cerrar de ojos, leer algún mural nuestro, sacar algún suspiro o una reflexión. Ese es el valor que puede tener la poesía en la calle: transformar todo en un espacio más amable”.

PARA EL LADO DE LOS TOMATES

Sábado de mañana. Las y los feriantes montan sus puestos en la plaza. La gente se prepara con sus bolsas para ir a comprar. También para encontrarse con vecinas y vecinos y chusmear los sucesos de la semana mientras hacen la fila.

La tradición de las ferias y mercados no es solo una cuestión económica. Desde tiempos inmemoriales estos son espacios de sociabilidad y encuentro. Hay intercambio de productos y dinero, pero también de palabras, historias y gestos.

Por eso, cuando el CEDILIJ¹⁴ se propone armar un puesto de libros¹⁵ en la feria en el barrio Güemes, en el pasaje Revol de la ciudad de Córdoba, está participando –de algún modo– de esa tradición. Y enriqueciéndola.

Puestera y a la vez integrante del CEDILIJ, Lorena Borredá cuenta que en esa feria:

“se instala un puesto, igual a los de verduras, flores, etc., pero repleto de libros que se prestan en forma gratuita a nuestras socias y nuestros socios, y se comparten lecturas, en coloridos almohadones dispuestos en la vereda para sentarse, acostarse o como le guste a cada niña o niño, y escuchar, y leer”.

El CEDILIJ es otra de las instituciones referentes en la promoción de la lectura y la literatura infantil y juvenil en nuestro país. Desde 2003 lleva adelante el puesto de libros en esta feria, con el objetivo de salir al encuentro de lectoras y lectores. Con una selección de libros realizada de forma cuidadosa, y mediadoras y mediadores que los ponen en juego, buscan ampliar circuitos y ocasiones de lectura. Sigue contando Lorena:

¹⁴ Centro de Difusión e Investigación de la Literatura Infantil y Juvenil, situado en Córdoba.

¹⁵ <https://cedilijargentina.blogspot.com/p/puesto-de-los-libros.html>

“Me gusta estar en medio de la feria, con tanto movimiento, tanto sonido, sorprendiendo a quienes solo iban por alimentos y descubren mucho más. La lectura es profundamente divertida y ‘sabrosa’ en el puesto; lejos del silencio de una típica biblioteca, en el puesto de libros pareciera que la literatura corre, juega, se arremolina con todas y todos, se mete por los rincones, aparece por aquí y por allá, se arrastra por la vereda, se confunde entre mandarinas, cosquillea las panzas y se desparrama en los almohadones en la voz de una abuela o abuelo, una puestera o puestero, una familia, que disfrutan del espacio como si se tratara de un parque, evidenciando en forma gigantesca que a las chicas y los chicos LES ENCANTA LEER Y QUE LES LEAN.

Es por eso que aunque la mayoría de los sábados después de una semana de trabajo cuesta levantarse y salir, sigo eligiendo ir al puesto y contradecir en carne propia a quienes afirman vehementemente que las niñas y los niños ya no leen”.

“Si la montaña no va a Mahoma, Mahoma irá a la montaña”, reza otro dicho popular. Todo barrio tiene lugares y momentos en los que las personas se congregan, pasan o esperan. Quienes viven en el barrio saben qué ambiente se respira en ellos. Buscar las ocasiones en las que la gente tiene algo de tiempo y cierta disposición a la escucha es una estrategia clave para poner la lectura en movimiento.

¿Cuáles son los lugares, en una comunidad, donde las personas ya están y no es necesario convocar de manera específica? ¿Podemos ir hacia allí con libros, historias y otros objetos de lectura? ¿Hay instituciones con las que podamos contar para armar redes?

Puede ser una feria, una sala de espera de un centro de salud, la parada del colectivo, la estación de tren, el momento de la merienda en un comedor, el momento de salida de una escuela, donde madres y padres van a buscar a sus hijas e hijos. Incluso un micro que transporta adolescentes de un lugar hacia otro, como cuenta la gente de la biblioteca popular del Escaramujo.



Puesto de libros en la feria de la plaza Güemes, CEDILIJ, Córdoba

LEER NO PUEDE SER UN LUJO

“Bibliotecas del Escaramujo: porque leer no puede ser un lujo”. Así se presenta este colectivo surgido de los Jardines Comunitarios y Populares de la organización La Dignidad que, en 2017, se propuso habilitar espacios de lectura con la convicción de que:

“la literatura y los libros enriquecen el acto profundamente humano de preguntar y preguntarse acerca del mundo y de una misma o uno mismo, que nos otorgan la posibilidad de habitar una cultura común y acceder al conocimiento de otras, que nos permiten sorprendernos, aprender, compartir, disfrutar, cuestionar... y tantísimas cosas más”.

Entre los muchos espacios que pusieron en marcha, hay uno que se despliega en un lugar muy particular, un colectivo llamado “La Domitila”. Una de sus integrantes cuenta:

“En el barrio de Bajo Flores, ante la problemática de la desaparición de adolescentes y la búsqueda desesperada de sus familias y la comunidad, desde nuestra organización autogestionamos un micro popular que lo recorre llevando a adolescentes hacia las escuelas secundarias de Flores y Caballito. Desde nuestra Biblioteca decidimos que una caja de libros acompañe esos viajes y cada tanto una narración”.

A veces la ocasión surge de la dificultad. El riesgo que implicaba ir a la escuela secundaria por los propios medios llevó a la organización a gestionar un transporte. Ese transporte no tardó en adquirir un nombre: La Domitila. Y se convirtió no solo en un micro, sino en un espacio de lecturas.

Nombrar un espacio, darle una identidad propia es otorgar un espesor simbólico, un entramado en el cual las personas que participamos de él podemos seguir tejiendo sentidos. No es igual proponer un espacio de lectura en el micro que en “La Domitila”. Entrecruzar las coordenadas de la realidad y la ficción nos habilita a desplegar el imaginario. La literatura crece con más fuerza cuando la alimentamos con sus propios nutrientes, y la vida cotidiana gana en matices, colores y horizontes cuando la literatura la viste. Dice Michèle Petit (2015):

“Proponer literatura y obras de arte es animar el espacio concreto, darle sentido. Es introducir a otro mundo que abre radicalmente ese espacio material, de manera vital para quien se siente fuera de lugar, fuera de juego. Entre lugares ficcionales y materiales, los intercambios serán incesantes. Territorios familiares servirán de decorado, de cimiento a las páginas leídas. Unos espacios literarios o cinematográficos se engancharán a un punto de lo real, y este se verá por ello transformado. Al menos es deseable que así lo sea, para que recorriendo las calles o las plazas, las orillas del río o los jardines, se abran recuerdos, fantasías, todo un ‘territorio interior’. Para que la mirada que llevamos a lo que nos rodea esté viva”.

Esto es así desde la primera infancia. Los espacios de lectura no deben pensarse de forma exclusiva para quienes ya saben leer, en el sentido de descifrar la letra escrita. Desde bebés, las personas leemos el mundo, interpretamos los signos, construimos sentido. Y nuestras posibilidades subjetivas crecen y se amplían en la medida en que tenemos acceso a historias, poemas, canciones y juegos; a la exploración de los libros por los propios medios y al encuentro con ellos por medio de lecturas en voz alta y narraciones.

No solo crecen las posibilidades subjetivas, sino también las colectivas. Al decir de María Emilia López (2018): “La afectividad y los vínculos entre padres e hijos se nutren considerablemente cuando las acciones cotidianas y prácticas de la vida son atravesadas por la poesía, la música, la literatura”. Las relaciones entre las personas se vuelven más ricas y flexibles cuando leemos juntas.

Así es como desde el Escaramujo plantean

“el acceso a la cultura como una necesidad básica y esencial en la vida de todo ser humano, desde sus primerísimas experiencias. El acceso al juego, al arte, a la lectura, a la palabra y la narración son hechos comunitarios, de encuentro, de vinculación, de enriquecimiento de la imaginación, de ampliación y descubrimiento”.

Cómo hacerlo, cuentan, lo van construyendo en el hacer. No hay recetas previas infalibles, sino una lectura atenta y renovada del contexto, herramientas que se van retomando y adaptando en el andar y una convicción de que la lectura, la literatura, el arte no son del orden del lujo sino del derecho.

LO POÉTICO Y LO POLÍTICO

Para terminar, nos vamos a la región de Cuyo.

La historia la cuenta María Inés Bogomolny, en el marco del programa “Leer es contagioso” que coordinó entre 1999 y 2005 desde el Ministerio de Desarrollo Social de la Nación. Una historia de esas que ya ruedan de boca en boca, y que quizás quien lee alguna vez haya escuchado. Porque así son las historias. María Inés se la volvió a encontrar hace un tiempo a la otra orilla del Río de la Plata, en unas jornadas, donde alguien se la contó sin saber que era ella quien la había lanzado al ruedo por vez primera.

Lo narra así:

“Sucedió en 2002, en un Jardín de Infantes mendocino donde los chicos se quedan a comer por necesidad, en esta realidad tan agobiante que nos toca vivir y que todos conocemos. La maestra del grupo de 5 años va a leerles un libro y, antes que nada, se los presenta. Nenas y nenes, sentados en ronda, miran la tapa, intercambiando distintas opiniones acerca de qué tratará, cuando Félix salta entusiasmado: ‘Yo lo tengo, mi papá me lo lee todas las noches’, mientras se dispone a disfrutar de algo que conoce muy bien. Los demás chicos lo miran y admiran porque se aventuró por el mundo desconocido que es un libro nuevo y, a juzgar por la cara y el entusiasmo, parece que le fue muy bien.

A medida que pasan las páginas y crece la historia, Félix interrumpe la lectura: ‘No, no, así no es’, sosteniendo una versión distinta de acuerdo con la lectura de su papá. La maestra, sin sacar ni agregar nada de su cosecha propia, lee y relee el cuento para convencer a Félix de que ella es fiel al texto, de que el libro dice lo que ella lee. Pero él insiste. Después de varias interrupciones, la maestra arriesga: ‘Tu papá te leerá otro libro...’. Félix, muy seguro: ‘No, es el mismo’.

Un dato importante en este enigma: Félix es uno de los chicos de mejor nivel lingüístico en su grupo: participa cotidianamente con comentarios oportunos que agregan información, tiene mucho sentido del humor, pregunta, argumenta, opina, comparte, desplegando un vocabulario muy rico... ‘¿Qué está pasando acá?’, se pregunta la maestra. Habla con los padres y cuando, con el libro en la mano, les cuenta la anécdota, el padre confirma que, efectivamente, tienen el mismo libro en la casa y que se lo lee todas las noches. Pero, cuando ella le dice que Félix discute todo el tiempo el contenido del cuento, el padre, entre sonrojado y sonriente, le confiesa que él no sabe leer.

La maestra queda perpleja mientras el padre de Félix le cuenta que no saber leer ni escribir le ha significado tantos problemas en la vida... por empezar, el feo sentimiento de ser menos, y después, bronca, rabia, tanto que al nacer Félix se dijo: ‘A mi hijo no le va a pasar lo mismo’. Y se le ocurrió ‘leerle’ todas las noches ese libro que tenían en la casa. ‘Pero le inventaba... –dice el padre–, le inventé un cuento que me grabé de memoria y todas las noches se lo repetía tal cual para que Félix no se diera cuenta de que yo no sé leer’”.¹⁶

Leer también es todo esto. El gesto de afecto que se teje a través de una historia contada una y otra vez. Un gesto que no deja de ser político: una decisión que parte de la conciencia de la desigualdad y que se propone romper con lo que parece ser un destino inexorable.

¹⁶ El texto completo, llamado “Leer es contagioso. El inicio del camino lector: los mediadores y sus huellas”, puede leerse en López (2007).

Lo poético y lo político quedan, así, entramados. En la construcción de espacios comunitarios de lectura, no hay lo uno sin lo otro. Afecto, invención y decisión de ir contra lo esperado forman una urdimbre de una potencia enorme.

Quizás porque, como dice Liliana Bodoc,¹⁷ la literatura es el arte de mentir para decir la verdad. La astucia del pícaro que se apropia de los libros aunque no formen parte del mundo al que se supone que está destinado. Del que le hicieron sentir que no es posible salir.

Porque la lectura es también ese gesto irreverente. El padre de Félix “leyó” el libro que tenía en la casa, lo leyó como nadie. A pesar de que “no sabía leer”. Comprendió la importancia de compartir historias con su hijo. De hacerlo una y otra vez. De apropiarse del libro como un objeto cargado de valor: comprendió que no era lo mismo narrar solo que ponerlo en el centro de la escena.

Todas y todos tenemos capacidad de decisión, de afecto, de invención, de irreverencia. Todas y todos tenemos intersticios en donde ponerla en juego. Leer, escuchar y contar historias, hacernos lugar para la imaginación, la metáfora y la invención es un derecho que tenemos todas las personas. Y es una de las formas más antiguas de construir comunidad que conocemos.

A buscar esos hilos sueltos que andan dando vueltas en cada barrio y en cada comunidad. A seguir leyendo.

¹⁷ <https://www.youtube.com/watch?v=qOFyNOYp3MU>

BIBLIOGRAFÍA

- Andruetto, María Teresa; Acosta, Matías (2003), *El país de Juan*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Andruetto, María Teresa; Istvansch (2010), *La durmiente*, Buenos Aires, Loquileo.
- Andruetto, María Teresa; Bernasconi (2012), *Pablo, Zapatero pequeño*, Córdoba, Comunicarte.
- Andruetto, María Teresa; Menéndez, Liliana (2006), *El árbol de lilas*, Córdoba, Comunicarte.
- Bajour, Cecilia (2009), "Oír entre líneas: el valor de la escucha en las prácticas de lectura", en *Revista Imaginaria* N° 253, 2/06/09. Disponible online en <http://www.imaginaria.com.ar/2009/06/oir-entre-lineas-el-valor-de-la-escucha-en-las-practicas-de-lectura/>.
- Bajour, Cecilia (2020), *Literatura, imaginación y silencio: desafíos actuales en mediación de lectura*, Lima, Biblioteca Nacional del Perú. Disponible online en <https://repositoriodigital.bnpgob.pe/bnp/recursos/2/html/literatura-imaginacion-y-silencio/4/>
- Browne, Anthony (1999), *Voces en el parque*, México, FCE.
- Chambers, Aidan (2007), *Dime. Los niños, la lectura y la conversación*, México, FCE.
- Chanti (2010), *De mayor a menor*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Devetach, Laura (2004), *La hormiga que canta*, Buenos Aires, Del Naranja.
- Devetach, Laura (2008), *La construcción del camino lector*, Córdoba, Comunicarte.
- Falco, Federico (2020), *Los llanos*, Barcelona, Anagrama.
- Ferrada, José María (2013), *La tristeza de las cosas*, Providencia, Chile, Editorial Amanuta.
- Isol (2015), *Abecedario de mano*, Buenos Aires, FCE.
- Isol (2015), *El menino*, México, Océano.
- Kaufman, Raquel; Franco, Raquel; Bianki, Diego (2014), *Abecedario*, Pequeño editor.
- Larrosa, Jorge (2003), "Sobre la lección", en *La experiencia de la lectura*, México, FCE.
- López, María Emilia (2007), *Artepalabra. Voces en la poética de la infancia*, Buenos Aires, Lugar Editorial.
- López, María Emilia (2018), "Alimentar la capacidad metafórica. Primera infancia y derechos culturales". Disponible online en <https://gsia.blogspot.com/2018/07/alimentar-la-capacidad-metaforica.html>
- Luján, Jorge; Isol (2007), *Numeralia*, FCE.
- Montes, Graciela (1999), *La frontera indómita*, México, FCE.
- Morabito, Fabio (2014), *El idioma materno*, Buenos Aires, Gog y Magog.
- Parra, Nicanor (1962), *Versos de salón*, Santiago de Chile, Nascimento. Disponible online en <https://www.nicanorparra.uchile.cl/antologia/versosdesalon/index.html>
- Petit, Michèle (1999), *Nuevos acercamientos a los jóvenes y la lectura*, México, FCE.
- Petit, Michèle (2001), *Lectura: del espacio íntimo al espacio público*, México, FCE.
- Petit, Michèle (2015), *Leer el mundo. Experiencias actuales de transmisión cultural*, Buenos Aires, FCE.
- Rivera, Iris (2012), "¿Medianera o puente? La cuestión de mediar entre las personas y los libros", en *Revista Imaginaria* N° 324, 20/11/12. Disponible online en <https://imaginaria.com.ar/2012/11/medianera-o-puente/>.
- Sadat, Mandana (1997), *Del otro lado del árbol*, Madrid, Kokinos.
- Segato, Rita (2016), *La guerra contra las mujeres*, Buenos Aires, Prometeo.

Seoane, Silvia (2010), "Tomar la palabra. Apuntes sobre oralidad y lectura". Conferencia presentada en el Postítulo de Literatura Infantil y Juvenil – Escuela de capacitación docente CePA, Ciudad De Buenos Aires, septiembre.

Siemens, Sandra (2012), *Esa cuchara*, Buenos Aires, Limonero.

Smania, Estela; Cubillas, Norberto (2019), *El niño que perdió su nombre*, Córdoba, Comunicarte.

Zaid, Gabriel (2010), "Los libros y la conversación", en *Los demasiados libros*, Barcelona, Debolsillo-Random House Mondadori.

Leer en comunidad

Dirección de Experiencias de Educación Cooperativa y Comunitaria:

Natalia Peluso

COLECCIÓN EDUCACIÓN COMUNITARIA

Coordinación y edición de la Colección

Alicia Diéguez

Producción de este material

Martín Broide

Lectura crítica

Laura Finvarb

Agustina Gallino

Ilustración

María Reboreda

Diseño

Cecilia Ricci

Corrección

María Soledad Gomez

Primera edición mayo 2022

© 2022. Ministerio de Educación de la Nación Argentina.

Impreso en Argentina

Publicación de distribución gratuita

Prohibida su venta. Se permite la reproducción total o parcial de este libro con expresa mención a las fuentes y a las/os autoras/es.

Agradecimientos:

Agradecemos a Paula Kriscautzky (Del otro lado del árbol), Carolina Frigerio, Yamila Elías, Marianela Valdivia (y a todo Jitanjáfora), Luján Groh, María Laura Maggiori (y a toda la Sala Abierta de Lectura de Tandil), Sebastián Montes, Sebastián Franco, María del Carmen Santos, Fernando Ríos Kissner, Javier Colque (CEDILJ), Las Bibliotecas del Escaramujo y a María Inés Bogomolny, que con mucha generosidad aportaron relatos de experiencias para hacer posible este cuaderno.

Agradecemos a todas las educadoras y los educadores comunitarios que compartieron sus experiencias en este cuaderno y a todas aquellas personas que fueron parte de las distintas cohortes del taller "Alfabetización, Infancias y Educación Popular" de la Dirección de Experiencias de Educación Cooperativa y Comunitaria de la Subsecretaría de Educación Social y Cultural, Ministerio de Educación de la Nación. Gracias a todas ellas y todos ellos que sostienen la tarea de acompañar la alfabetización de niñas, niños, personas jóvenes y adultas todos los días.

Ministerio de Educación de la Nación.